

frimientos que son inevitables en la vida de un narumbe y á los cuales se somete el muchacho en parte porque piensa que de otra suerte no podrá tener mujer y en parte halagado por la libertad sin límites con que se le brinda. Consecuencia de ello es que contrae una afección pulmonar que ó le debilita para toda su vida ó le ocasiona una muerte prematura.»

Estas ordalías se proponen seguramente en parte conseguir cierta vigorización, pero este sistema de sacrificios entraña una idea más profunda todavía, como lo demuestran, por ejemplo, las prácticas especiales que tiene para las consagraciones de jóvenes la tribu de los goulburnes que habita al Norte de Melbourne. El joven que ha de ser consagrado hombre es conducido por tres compañeros de tribu al bosque, en donde permanece dos días y una noche arrancándose los dos incisivos superiores que guarda cuidadosamente y entrega, al regreso, á su madre. Después de esto vuelve á pasar dos noches y un día en la selva, y en el entretanto su madre busca un árbol de goma joven cuyo emplazamiento conocen muy pocos é ignora su hijo y clava los dos dientes de éste en la rama más alta. Si el hijo muere, se arranca la corteza de la parte inferior del árbol y se seca éste por medio del fuego para que pueda quedar en pie como monumento del difunto. Lo primero que en estas ceremonias se hace es quitar al joven la mujer en cuya compañía ha vivido hasta entonces y someterla también á un nuevo género de vida. De aquí la exclusión llevada al extremo de toda mujer en esta ceremonia, que es para el sexo femenino rigurosamente *tabú*. Las mujeres y los niños no pueden ver y mucho menos tocar el instrumento zumbador (véase el grabado de la pág. 419) que indica el sitio en donde se verifica alguna de estas sagradas ceremonias: creen aquéllas que los sonidos por ese instrumento producidos son voces de un espíritu, y ellas y los niños cuando los oyen han de huir precipitadamente, pues el hecho de asistir á una ceremonia religiosa sin ser llamado á ella trae consigo la muerte. El mismo cuarzo sagrado con que se hace el tatuaje no puede ser visto por las mujeres y los jóvenes sólo pueden verlo después de practicado el último tatuaje. La circuncisión, que ha enseñado *Yura* — una gran serpiente que ahora habita en las manchas oscuras de la Vía láctea — está tan generalizada que la calificación de «no circuncidado» se considera como una injuria: es lo primero que se practica en esas consagraciones, ordenándola y ejecutándola el pariente más próximo. El muchacho hace como que quiere huir, pero se le coge, se le echa al suelo y se le frota con polvo; luego se le levanta por las orejas en medio de espantosa gritería para despertarle del hechizo en que se le supone sumido. Para cada muchacho hay un circuncidador, *turlo*, especial. Entre los australianos del Sud y del Oeste, cuando el niño tiene más edad se le hace una incisión en la uretra para disminuir su potencia generadora: á lo mismo obedece la costumbre de aplastar un testículo que vemos practicada en el río Palmer.

Entre los narrinyeris, ninguna tribu puede consagrar á los niños como narumbes ó púberes, sin la asistencia al acto de las tribus de donde saca aquélla las mujeres. Algunas consagraciones se nos presentan incomprensibles, siendo una de ellas la que nos describe Wyatt hablando de los indígenas de Adelaida, los cuales rocían á sus hijos con sangre: un hombre de la tribu se abre la vena mediana, que lleva atada con un cordón hecho de cabello humano, y rocía con su sangre primero la espalda y luego la cara y el pecho del niño, que se la deja secar encima. Esta ceremonia se verifica en un lugar apartado, en medio del más profundo silencio y en ausencia de las mujeres de la tribu. El tatuaje re-

viste en algunas tribus, por la manera como se lleva á cabo, el carácter de consagración, aun cuando se considere como principal objeto del mismo dar mayor flexibilidad y destreza á los brazos: se hace en un sitio apartado, sin la presencia de mujeres y al parecer contra la voluntad de aquel en quien se practica. Con un pedazo de concha de marisco ó de vidrio se hacen repetidas incisiones en un mismo sitio, apareciendo con el tiempo gruesas cicatrices. El tatuado permanece alejado, durante algunos meses, de las mujeres y lleva anillos de piel de opossum en los dos antebrazos y dos palos que con frecuencia se emplean en tales ocasiones y que no tienen otra cosa de particular que estar bruñidos á fuerza de ser usados.

El ingreso de una niña en la edad núbil va también acompañado de algunas prácticas en las cuales aparece claramente el significado de consagración y de sacrificio. Las muchachas son, antes de la ceremonia, aisladas, tienen que ayunar y se adornan el cuerpo con pinturas. Entre los larrakias del Norte de Australia, las jóvenes, al presentarse por vez primera la menstruación, son envueltas en corteza y permanecen antes de la ceremonia encerradas por espacio de tres semanas en una cabaña. En la misma tribu se corta á la muchacha la falange superior del dedo índice de la mano derecha, y aun existe una relación inverosímil según la cual se le salta además el ojo izquierdo. En algunas ocasiones y para conmemorar ciertos sucesos se le arrancan á la mujer algunos dientes ó se le hace una incisión en un dedo. El tatuaje tiene también en las mujeres un carácter de consagración, pero sólo se les hace en una pequeña parte de su cuerpo. (Véanse los grabados de las págs. 393, 420 y 421.)

CAPITULO V

RELIGION DE LOS AUSTRALIANOS

«Voces extinguidas de tiempos pasados y más ricos.»

GERLAND.

Confusión en las ideas religiosas. — Tentativas cosmogónicas. — El Creador de dioses. — Dioses de las estrellas. — Creadores secundarios. — Dioses que vuelven al cielo. — Leyendas de animales. — La existencia después de la muerte. — Fantasmás. — Otras supersticiones. — Hechiceros. — Piedras y madera sagradas. — Plongge. — Mokani. — Médicos. — Cambios en las cuestiones de fe.

En Australia, como en la mayoría de los pueblos naturales, las ideas religiosas aparecen muy poco claras, y la impresión general que éstas producen es de un descenso de grados superiores, de una decadencia, á lo cual se debe que los mismos australianos sólo tengan ideas muy confusas acerca del fondo y del núcleo de sus concepciones religiosas. Estamos de completo acuerdo con Gerland cuando dice: «La afirmación de que el estado de cultura que acusan los australianos indica la existencia en los pasados tiempos de un nivel superior, nunca se ve más confirmada que en este punto en que en todos los detalles repercutan las voces extinguidas de tiempos pasados más ricos, sin que percibamos impresión alguna que nos haga creer que estamos enfrente de un semidesarrollo ó de un estancamiento.» Pero de esto á la afirmación á menudo hecha con asombroso aplomo de que los australianos no tienen religión alguna, media un abismo. Todo lo más que en este punto puede concederse es que esas ideas religiosas se disgregan por falta de un perfeccionamiento interno propio y á consecuencia de la relajación del lazo de la tradición, y producen el efecto, por estas razones mismas, de algo contingente y fácilmente variable.

De un ser supremo oímos hablar en los países del Norte que le dan el nombre de Koyan y en los del Sud donde es conocido con los de Nurrundere y Baiamai: este ser supremo da lo bueno, pero monta en cólera con la misma facilidad que esos hijos de la naturaleza que apenas tienen dominio sobre sí mismos. Como á tal podemos considerar también al Monaincherlu de las tribus de Adelaida á quien éstas adoran como supremo Dios, que no ha sido creado por nadie y que lo ha creado todo, y asimismo cabe admitir dentro de aquella acepción al segundo dios, Monana, que subió al cielo llevado por lanzas arrojadas una tras otra á la bóveda celeste. A este ser supremo se le atribuye la creación de todas las cosas y especialmente la del hombre. Siendo como es imposible construir con las diseminadas é incompletas tradiciones un sistema concreto que sea para nosotros una mitología de los australianos, no hemos de dar mucha importancia al hecho de que en algunas tribus veamos mencionado á un Dios supremo. Puede, sin embargo, admitirse que en esta mitología rudimentaria el Dios supremo es por regla general aquel á quien se atribuye la creación del mundo, que no ha sido creado por nadie y que está desde un principio en el cielo; al contrario de lo que pasa con los dioses héroes que subieron á él mucho después. Sobre este particular las tradiciones arrancan de dos distintos puntos de partida. La mitología australiana, como todas las demás, se apoya directa y principalmente en tentativas cosmogónicas, ora sean primitivos gérmenes de ideas, ora fragmentos posteriores de un sistema de ideas en otro tiempo más completo, más firme y más elevado, y se diferencia, según lo poco que sabemos, de la mitología polinesia, que tantos puntos de contacto tiene con ella, en que se eleva menos que ésta por encima de estas raíces cosmogónicas y en que no desarrolla una genealogía, una historia ni una colección de leyendas sobre los dioses. Ciertamente que se notan ciertos impulsos en este sentido, pero permanecen clavados en el suelo. En las ideas cosmogónicas que, según se nos dice, profesan los pueblos naturales, hemos de distinguir dos grupos, el de las ideas sencillas, en su mayor parte toscas, que subsisten por sí mismas y que se nos aparecen como gérmenes de desarrollos mitológicos propios y el de las ideas más desarrolladas acerca de las cuales se inclina uno á creer que sólo se presentan relativamente sencillas por la razón de que se han separado casualmente de un sistema de ideas mayor y perfectamente conexo. Indudablemente un gran número de ideas cosmogónicas de los australianos pertenece al primer grupo y valdría la pena de caracterizarlas con algunos ejemplos.

Los dieyeris (sudafricanos) atribuyen el origen del sol nada menos que á la necesidad que sienten los hombres de cazar el *emu* (kasuar), animal que á causa de su ligereza sólo puede ser azuzado con el calor del sol: por esto suplicaron en sus danzas á Muramura que enviara calor á la tierra y por esto el dios creó el sol. Los indígenas de la bahía de Encounter creen que la estrella del día al ponerse todas las noches pasa por entre una larga doble fila de almas de los hombres que han muerto, las cuales imploran su gracia: el que la obtiene recibe del sol como presente una piel de kanguro rojo, gracias á la cual regresa á la mañana siguiente con un traje encarnado. Este fragmento de la mitología lo mismo puede ser considerado poético que abominable. Las mismas tribus de la bahía de Encounter creen que la luna, á la que adoran como diosa, se enflaquece á consecuencia del continuo trato con los hombres: por esto el ser supremo Nurrundere manda expulsar á la luna, la cual se oculta y aprovecha este tiempo para buscar raí-

ces y reunir nuevas fuerzas reapareciendo después vigorizada. Los australianos consideran á la luna como el macho del sol que le da muerte á cada novilunio: ellos y los australianos occidentales creen que una y otro vivieron antiguamente en la tierra y engendraron algunos hijos, creencia que se hace en análogos términos extensiva á las estrellas. En las comarcas del Noroeste existe la leyenda de que las cavernas de Glenelg, que están adornadas con las pinturas de que antes nos hemos ocupado (pág. 395), habían sido habitadas por la luna. El hecho de ser tan á menudo la luna considerada como antigua habitante de las cavernas y como autora de los dibujos que en éstas aparecen, casi parece indicar la existencia de un culto dedicado á este astro.

Al otro grupo pertenecen las leyendas de los creadores. En la Australia occidental encontramos como creador á Motogón que hizo la tierra llamándola por su nombre y soplando. Cerca de él está quizás el Munnuninuala á quien se adora en el Noroeste de Australia como «dios del cielo» y cuyas mujer y hermana junto con un dios del fuego, llamado Thilkuma, son también adoradas. Creen algunos reconocer el nombre de aquél en un sobrenombre que lleva el dios creador Baiamai como padre universal, es decir Mahmannamurok, y también en el Monana y en el Muramura de las tribus de Adelaida y en otros. Esta actividad creadora parece tener cierta afinidad con la del Barim de la Australia meridional, que creó al mundo por medio de la pintura y no con palabras y al cual nos recuerda por su nombre, ya que no por su actividad, el hijo del Baiamai de los sudafricanos, Burambin. La tribu de Wellington, al igual que los narrinyeris y otros, tienen también por creador de las cosas al dios Baiamai, que habita una isla del lejano Oriente y que se alimenta de los peces que espontáneamente acuden á su llamamiento: otros, sin embargo, atribuyen este papel al hijo del dios, á Burambin. De todas maneras, era un buen dios, pues se le venera en determinada época del año, en febrero, con canciones y danzas especiales. Otra leyenda le pone más claramente en relación, como creador del hijo de dios, con aquel dios, cuando dice: «Cuando Baiamai habló, nació Burambin, hermano de Dararwirgals, que envía desde el Oeste enfermedades (como creador).» Y cuando vemos que en la Australia occidental Bindinwor, hijo del dios Wallingup y de la madre Dovanyup, vuelve á nacer después de haber fallecido á consecuencia de sus heridas, creemos poder ver en esa transformación la misma pareja divina. La leyenda de los dieyeris según la cual la luna, accediendo á las súplicas de su dios supremo Muramura, creó el mundo, indica la existencia de un segundo dios creador que no es el dios principal.

Existen otras leyendas que, al parecer, contienen huellas de dioses quizás poderosos en su origen, que tienen ciertos puntos de contacto con los mitos polinesios: Nganno dió su nombre á muchas comarcas y acabó por transformarse en monstruo marino: este dios es probablemente el mismo que vino del cielo con el nombre de Uandu y creó el río Murray. Nurrundere, á quien encontramos entre las estrellas, creó los peces en el pantano de Tulurung con sólo echar en éste algunas piedras y con sus redes sacó del agua la isla de rocas de Witungenggui. Quizás por esto creen los australianos de la bahía de Encounter que encanecerán si escupen en los arrecifes del lago Alberto. El trueno es la voz encolerizada de Nurrundere que retumba desde el arco iris. Esta unión de un dios que se comunica con la tierra por medio de piedras y de rocas y con el cielo por medio de estrellas es realmente una reminiscencia de la mitología polinesia. Es un hecho muy significativo el de que este dios sea colocado conscientemente en el principio de